

El Eco de Cartagena.

XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7102

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 11 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 id. Suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Responsal en Paris para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Saint-

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 11 DE JULIO 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

SUSCRICION MENSUAL

socorros á familias necesitadas
entrus duren las actuales precau-
mes sanitarias.

Reales.

Suma anterior	22942
hecho por una vez.	20
Manuel Cotorruelo.	100
Total.	23062

LA SALUD PÚBLICA EN ESPAÑA.

—0—

Valencia: capital y término mu-
pal, 310 invasiones y 127 defun-
es.

Pueblos: 498 invasiones y 253 de-
fuciones.

Atellón: 15 invasiones y 6 defun-
es en la capital; en los pueblos
invasiones y 43 defunciones.

Madrid: 2 invasiones y una defun-
en la capital; 15 invasiones y 25
defunciones en los pueblos.

En los pueblos de la provincia de
goza 76 invasiones y 39 defun-
es.

Sevill: capital, nada; en los pue-
49 invasiones y 16 defuncio-
es.

Barcelona: 5 invasiones y una defun-
en la capital.

Algar de Ollata, una invasión y
defunción.

Madrid: capital, 6 invasiones y
defunción.

Aranjuez: 40 invasiones y 33 defun-
es.

Empoñuelos: 2 invasiones.

En el total de invasiones aueayer en to-
los puntos epidemiados, 1404 in-
vasiones y 653 fallecimientos.

En la estadística de Alicante por
haberse recibido los datos á la
de cerrar el parte en los centros
de salud.

Peñaranda de Bracamonte (Sa-
lamanca) han ocurrido algunas inva-
siones y defunciones cóéricas.

ECOS DE MADRID.

10 de Julio de 1885.

Es posible negar que al miedo
activo ha sucedido el miedo ra-
tivo. La confusión que produje-
nuestro ánimo las contradic-
ciones de las eminencias

se ha calmado también.—
Cuando el hombre no halla en lo hu-
mano la tabla salvadora vuelve los
ojos al divino; y esto es lo que he-

mos hecho todos. La ciencia no pue-

de; pues hagase la voluntad de Dios.

Es decir no todos porque ya habrán
sabido los lectores que algunos ayu-
dantes farmacéuticos no han queri-
do ir á Aranjuez con el sueldo de un
primer actor de provincia, cuatro
duros diarios. Estos ayudantes han
recordado aquello de: ayúdame y Dios
te ayudará y han estimado su indivi-
duo en más de veinte pesetas diarias.
Hubo dos que pidieron cincuenta
cada día y una quinceña adelantada.
Los periódicos han calificado con du-
reza esta conducta que ha resultado
al fin un acto de galantería, puesto que
ha servido una vez más para demos-
trar que en el capítulo de la abnega-
ción vale más la muger que el hom-
bre.

Las hermanas de la caridad han
acudido á prestar gratis el servicio
que también se remuneraba á los far-
macéuticos. No en vano se llaman
hermanas; baje este punto, los
hombres á lo sumo son cuñi-
dos.

Pero volviendo á mi asunto, repi-
to, el aspecto de Madrid ha cambia-
do. La gente ya no huye, la reflexión
ha demostrado que fuera del hogar
faltan comodidades que no se consiguen
con el dinero.

Por otra parte resulta que Madrid
es hasta ahora una de las poblaciones
más sanas, las reglas de la higiene se
cumplen con bastante escrupulosi-
dad; y si bien es cierto que estamos
sitiados y que todos los días se intro-
ducen enemigos, llamémoslos inme-
taforicamente, no ha tomado incre-
mento la enfermedad.

—Tres casos ayer; dice uno.

—Y para eso dos precedentes de
Aranjuez.

—Y el tercero dudoso.

—Podemos respirar.

—De todos modos conviene no ha-
cer locuras.

—Oh! no... sin embargo, yo ya he
dado permiso para que condimenten
con tomates algunos platos.

—Después de cocidos... menos
mal.

—Oh! lo que es eso... en mi casa
ni el agua se toma cruda.

—Sistema Koch...! Hace V. bien
pero es tan fastidioso.

Las cocineras dicen que eso es
pamplina, que el mejor modo de
matar el microbio es echarse al co-
leto buenos tragos de aguardiente.

—Por eso creo yo que el alcanfor
con el alcohol es lo más eficaz.

—Sistema Orma y Rubin.

—Pues yo esclama un tercero, es-
toy por el sistema Pasteur... ¡altas
temperaturas! No hay nada como el
fuego para depurar.

—Les digo á ustedes, añade un
bromista que nos vendria de perilla
una revolucioncita.

—Está V. en su juicio!

—Hombre los cañonazos son efi-
caces contra las epidemias!

Estas y otras conversaciones aná-
logas que pueden cogerse al vuelo en
cualquier parte demuestran que nues-
tro ánimo está más sosegado.

La reacción que se ha operado en
nosotros y los preparativos que se
han hecho, son garantía de que si
por desgracia llegase á verse Madrid
en situación apurada, no nos falta-
rían los elementos necesarios para
luchar.

Entre tanto unos se consuelan con
la ya repetida frase de:

—Bien, pero en precedente de
Aranjuez

y otros con la más socorrida de:

—Sea lo que Dios quieral

y entretanto se llenan por las tar-
des de paseantes á pié y en coche el
Parque de Madrid y la Castellana; por
las noches el Jardín del Retiro, los
circos, el teatro Felipe, el de Reco-
letos y hasta el del Principe Alfonso
dónde se cantan óperas italianas con
la mayor formalidad y se llenan de es-
pectadores.

Las conversaciones que en todos
estos sitios se oyen son por el estilo de
la siguiente:

—No salen ustedes?

—Este año no.

—Nosotros tampoco: lo más pru-
dente es quedarse en su casa.

—Figúrense ustedes que le ocu-
rriera á uno una enfermedad en una
fonda.

—Y si era un cólico!

—Le echarian á uno con cajas des-
templadas.

—O emigrarian los demás hués-
pedes y pedirian los dueños de la
fonda una crecida indemnización.

—Luego no hace un calor muy
sofocante.

—No por cierto, se puede resis-
tir.

—Por las mañanas y las noches
refresca.

—Como en San Sebastian y Bia-
rriz, porque lo que es allí, también se
achicharra la gente.

—En una palabra, que el que no se
consuela es porque no quiere.

libreros. La excepción de esta regla
es el tomo 2.º de *La Regenta* novela
de Leopoldo Alas. Pero paren uste-
des de contar. En cambio se colocan
por miles los ejemplares de los fol-
letos que se relacionan con la enfer-
medad reinante. Esto prueba el inter-
rés que en todos despierta la conser-
vación del individuo y las grandes
fortunas que realizan los que se con-
sagran á vender específicos para la
conservación del género humano.

A millonario ha llegado en Viena
un doctor que por el buen camino
hubiera llegado quizás á morir de
hambre. El doctor Jaeger, que asi
se llama publicó la peregrina teoría
de que toda persona que pudiera ase-
mejarse en el vestido á los borregos
gozaria de perfecta salud. Acto con-
tinuo inventó un traje de lana que
señala desde el cuello á los tobillos y
á los puños, á los seres humanos y
montó una fábrica para confeccio-
nar estos trajes higiénicos que como
borregos se apresuraron á comprar
sus compatriotas.

Con esto se hizo rico; pero no lo
bastante para satisfacer sus aspira-
ciones, y entónces inventó unas pil-
doras lo más original que puede con-
cebirse. Pretendia que el alma es un
fluido que se desprende por los vasos
capilares. Nada más fácil que apo-
derarse de algo de un alma para co-
municarlo á otra. Asi pues queria un
mal poeta pensar como Victor Hugo
por ejemplo; pues nada más sencillo,
una ó dos cajas de pildoras con esen-
cia del fluido de la cabeza del gran
poeta y por lo ménos una ó dos
orientales no habia quien se las qui-
tase al poeta rampión, deseaba una
bela cantar como la Patti, pues pil-
doras con fluido de la cé ebre artis-
ta. Un desdichado especulador aspi-
raba á realizar negocios financieros
como Rotschild; fluido del judío mi-
llonario y la fortuna le sonreia. Ca-
ro es que las pildoras se pagaban se-
gún la importancia y valor de la par-
te de alma que contenian. Mentira
parece que en un país tan civilizado
como Austria prosperase tan burda
patraña. Pues si señor, ha prospera-
do, ha hecho rico al inventor, y ha
obligado al glorioso austriaco á pro-
hibir la venta de las famosas pildoras
espirituales. Creerá el lector que el
vulgo ha agradecido esta medida?
Pue todo lo contrario; acusa á los
ministros de envidiosos. Persiguen